

# Almudena Cid

Ilustraciones de Montse Martín



Olympia

BARRAS Y ESTRELLAS

Olympia es una chica muy especial, y es que tiene un sueño por el que luchará más allá de lo imposible: Olympia quiere ser gimnasta olímpica.

Ha llegado la hora de la verdad: las chicas del equipo nacional se lo juegan todo en el Europeo. Además de la exigencia de los entrenamientos, las mariposas del primer amor y los nervios de la competición, Olympia empezará a sentir la presión de la fama y de las expectativas de los demás. ¿Conseguirán Olympia y sus compañeras clasificarse para las Olimpiadas de Atlanta?

Y, además: curiosidades sobre la gimnasia artística y consejos para mejorar la técnica del aro. ¡Todos los trucos de Almudena Cid!

# Ellos forman mi nuevo entorno

## OLYMPIA

Es muy creativa, tan responsable y perfeccionista como cabezota y rebelde. A sus catorce años es una soñadora apasionada por la gimnasia rítmica que desea por encima de todo hacer algo único, algo que nunca nadie haya hecho.

## IRE

Forma parte del conjunto italiano. La nueva amiga extranjera de Olympia necesita mucho el cariño de sus padres.

## LUCÍA CARMEN LAURA

Ardilla y Carmen en conjunto, y Laura y sus manías en individual, las tres son las mejores amigas de Olympia en el equipo nacional.

## MARIO

Gimnasta de primera, su dedicación es fruto de una tradición familiar y todo lo que ha conseguido como gimnasta ha sido gracias al trabajo diario.

## Bajo la mirada de...

### MAYA

Es la seleccionadora de nacionalidad búlgara. Vive con las chicas y lleva el equipo nacional con mano firme: hace falta disciplina para llegar muy lejos.



### BENIGNO

El psicólogo del equipo nacional puede ser un cascarrabias, aunque ayuda en lo que puede.



### MARÍA

Es la entrenadora del conjunto, y siempre sabe sacar lo mejor de sus chicas.



Una avalancha de gimnastas de rítmica, de chándal rojo unas y blanco otras, había tomado al asalto el 221b de Baker Street: una casa estrecha de cuatro pisos, con macetas en las ventanas y un letrero en la puerta donde se podía leer: «The Sherlock Holmes Museum».

El museo ocupaba las dos primeras plantas, pero con tantas risas y gritos en español e italiano, si cerrabas los ojos, más que en Londres parecía que estabas en Italia. El ambiente se acercaba más al de la plaza de España en Roma que al de la casa victoriana del mejor detective del mundo.

¿Y por qué habían ido todas juntas? Por culpa de Laura y de Olympia.

El Europeo en Florencia había sido un éxito para el equipo de España. Maya estaba feliz: sus chicas habían cumplido todos los objetivos marcados, y ahora tenían que confirmar su buen estado de forma en el Campeonato del Mundo, como pase a los Juegos Olímpicos que se celebrarían el siguiente verano. Y, según Laura, si querían repetir los resultados, tenían que repetir los mismos pasos.



—Tú estás loca —se reía Olympia en el avión.

Lo de Laura con las manías no había parado desde que llegó a la selección. El principal cambio es que ahora habla-

ba más. De hecho, cuando se le metía algo en la cabeza, no descansaba hasta conseguirlo.

Al final, Oly se había apuntado a la idea y las dos se habían tirado todo el vuelo convenciendo a Maya de que, ya que les había dicho que iba a llevarlas a dar un paseo de reconocimiento, era «importantísimo» que hablase con la seleccionadora italiana para que los dos equipos salieran juntos.

La búlgara se había dado por vencida en algún punto entre el mar Cantábrico y el aeropuerto de Heathrow, y había hablado con la italiana, que por suerte tenía a su selección concentrada ya en el mismo hotel que España. Y allí estaban ahora todas juntas. Tenían hasta las cinco para dar una vuelta: las dos seleccionadoras las esperaban en el hotel, a cinco manzanas de distancia.

—Son las 16.01 —avisaba Laura—. Una hora más en España.

—*E in Italia* —decía Ire, que se había unido a sus amigas españolas.

Estaba un poco apagada, y cuando se enteraron de por qué, Laura casi se tira de los pelos. En ese viaje no iban a poder repetir la visita a Rosaria y Antonio, los padres de Ire, porque por primera vez en su vida no la habían acompañado en la competición. Según la gimnasta, Rosaria había decidido hacer caso a la entrenadora del conjunto italiano, Maccarani, que creía que a su hija le iría bien algo de distancia. Tenía demasiada dependencia de su *mamma*.

Ire, que no lo llevaba bien, iba mirando de un lado a otro sin darse cuenta, como buscándola. Eso había hecho de camino al palacio de Buckingham, y eso seguía haciendo ahora, en Baker Street.

Olympia, Laura y Ardilla intentaban distraerla.

—Eh, Ire, mira esto —decía Ardilla mientras se ponía el gorro de Sherlock.

A Oly le entró la risa.

—¡Te está gigante! Déjame a mí.

Se lo puso y cogió una lupa de mentirijilla de encima del escritorio del despacho de Sherlock mientras en el piso de abajo seguían sonando las voces de las otras chicas.

—Buenas tardes —dijo al tiempo que se daba la vuelta hacia sus amigas con la lupa delante del ojo—, soy Olympia Holmes.

Oly había leído alguno de los libros de Sherlock porque a su amigo David le gustaban mucho las novelas de misterio. Sobre todo se acordaba de uno de sus casos más famosos: *El sabueso de los Baskerville*. Pensó que si ella fuese Sherlock, a Cariño le tocaría ser el sabueso.

Iba a intentar explicárselo a su amiga italiana, que se había dado la vuelta y miraba a la calle, desde la ventana del segundo piso, cuando Ire dio un grito.





—La mía mamma!

Sus amigas se acercaron corriendo al cristal, pero no vieron nada.

—Es imposible —decía Laura—. Si te ha dicho que no iba a venir, ¿cómo va a estar aquí?

Pero Ire estaba convencida y seguía erre que erre, asegurando que ella había visto a Rosaria.

—Todo el mundo tiene un doble en alguna parte del mundo. A lo mejor tus padres los tienen aquí —le decía Oly

tratando de calmarla. Estaba convencida de que la dependencia que tenía con sus padres le hacía ver visiones.

Entre palabras y mímica, la italiana les explicó que había visto a su madre, y que estaba segura de que era ella porque el jersey verde que llevaba no lo podía tener nadie más. Ardilla no lo tenía tan claro.

—Puff —resopló—. Imagínate. Si tenemos un doble en cualquier parte del mundo, ¿cómo no va a haber dos jerséis iguales? Con que una persona que sea el doble de otra haya comprado el mismo en la misma tienda... Porque si son dobles, tendrán los mismos gustos, ¿o no?

Ire no cambiaba la cara: estaba convencida de que eran ellos. Les explicó que era un jersey de esos que Rosaría compraba en el mercadillo de los sábados en Arezzo y que lo había personalizado: lo había cortado y cosido de tal manera que el jersey te lo podías poner de tres formas diferentes. La madre de Ire era toda una artista...

«¿Es posible que haya dos Rosarias, con el mismo jersey de mercadillo personalizado de la misma forma, una en Arezzo y otra en Londres?», se preguntaba Oly. Eso sonaba muy extraño.

Recordaba lo mucho que Ire necesitaba a su *mamma* para creer que todo le podía salir bien, y Olympia no quería contribuir a eso, más bien todo lo contrario. Pero se moría de curiosidad por descubrir si realmente existía una doble de Rosaria y también de Antonio, o si todo eran visiones y casualidades.

—*Andiamo! Presto!* —gritó Ire mientras salía disparada escaleras abajo.

Ardilla y Lucía se quedaron mirándose la una a la otra.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ardilla.

Oly sonrió y se quitó el gorro de Sherlock.

—¡Acompañarla!



—16.07. Una hora más en España. Y en Italia —añadió Laura, tan orgullosa de su precisión británica. Se sentía como el reloj de la ONU.

—Es la sexta vez que nos das la hora —le dijo Olympia mientras caminaban por Baker Street siguiendo a Ire, que había salido volando como un cohete tras los pasos de la doble de su *mamma*.

—Es por si se nos va la cabeza y nos retrasamos demasiado.

—¿No es porque te encanta el reloj que te ha regalado tu padre y no sabes cómo disimular cada vez que lo miras? —preguntó Ardilla.

—Yo miraré mi reloj, pero ella no deja de mirar el móvil —contestó Laura señalando a Olympia.

Oly miraba su móvil con la lupa que se había comprado antes de salir de la casa museo, a ver si así se enteraba de por qué Mario no daba señales de vida. Llevaba esperando que le contestara a un wasap desde ayer.

—¿Estás buscando huellas dactilares, Olympia? —le preguntó Carmen, que se había unido al grupo. Como iban todas con el chándal de España corriendo detrás de Ire, parecían sus guardaespaldas.

Iba a contestarle cuando llegaron a una avenida y la italiana pegó un grito:

—*Mamma! Mamma!*

—Vaya pulmones... —le dijo Laura a Olympia mientras se tapaba los oídos.

—¿Dónde están?

Oly se acercó a la italiana, que señaló hacia un edificio con pinta de cine o teatro.

—¿Han entrado ahí?

—«Madame Tussauds Museum» —leyó Ardilla.

—¡Es el mejor museo de cera del mundo! —gritó Laura, que se había estudiado bien todo lo que podían ver en Londres.

—Muy oportuno —dijo Olympia—. Tenemos que buscar a la doble de Rosaria en un museo de dobles de cera de famosos...

—¿Vamos a entrar? —preguntó Carmen.

Laura la miró con cara rara, como si se lo estuviese pensando, pero al final no dijo ni mu y las cinco chicas se colaron en el museo en cuanto vieron que nadie miraba.

Las recibió una enorme sala y, al fondo, una pared rosa con brillo donde estaba...

—Pero ¿ese no es Sherlock Holmes? ¡Nos está siguiendo!

—Y Brad Pitt. Y Angelina Jolie... —Laura giraba sobre sí misma, sin tener muy claro a quién mirar ni con quién sacarse antes una foto, mientras Olympia se acercaba a Benedict Cumberbatch y le tocaba los bíceps.

—No parecía tan alto en la tele...

—*Concentrazione!* —gritó Ire, y se calló todo el mundo en el vestíbulo.

Por un instante habían olvidado que iban en busca de Rosaria y Antonio, pero en un segundo ya estaban de nuevo en marcha.

—¡Allí! —señaló Oly mientras veía cómo un trozo de tela verde se perdía al doblar la esquina.

Siguieron por un pasillo de jardines inspirado en la película de Harry Potter sin perder de vista el jersey verde hasta que llegaron a otra gran sala con muchos más actores y mucha más gente. Oly tuvo que convencer a Ire para que no bajase a E.T. de su bici y se la cogiese prestada para salir pedaleando entre la gente. No los alcanzaban.

Y por si eso no bastase, a Laura le había dado por ponerse en plan Laura justo en este momento.

—Pero ¿qué mosca te ha picado? —le preguntaba Carmen.

—Una radiactiva, seguro —decía Ardilla.

—¿Qué pasa, Laura? —preguntó Olympia volviendo sobre sus pasos.

Su compañera de individuales resopló como si estuviese claro.

—Una cosa es que Carmen venga con nosotras, y otra que pueda estar en la misma sala que Rosaria —dijo cruzándose de brazos.



—¿¿Cómooo??

—¿Tú estabas en la visita de Roma? —le preguntó Laura. Y Carmen tuvo que negar con la cabeza, porque se había quedado con Estrella en la Piazza di Spagna—. Pues entonces.

—¿Y qué quieres que haga?

—Tienes que ir por detrás de mí. Distancia de seguridad, por si acaso.

Carmen miró a Olympia.

—Pero ¿qué cree que pasaría si nos cruzamos? ¿Que el mundo se iba encoger sobre sí mismo hasta desaparecer del todo?

Oly se encogió de hombros.

—Cree que si no lo repetimos paso a paso, el Mundial peligrará.

—¡Pero si en Roma no fuisteis a ningún museo de cera!

—Un detalle sin importancia —dijo Laura mientras barría el aire con la mano.

—Yo me quedo contigo, Carmen —decidió Ardilla—. Asunto arreglado.

—¡Y deja de entretenernos, Laura! —protestó Oly—. ¡Que nos has liado en la primera sala por tus supersticiones para que no avanzásemos rápido!

—Elemental, querida Watson.

—Oye, que Sherlock soy yo, que tengo lupa. Tú eres Watson.

Mientras Oly negociaba con ella, Ire salió corriendo hacia la siguiente sala, donde señalaba algo, y no era a sus padres. Enormes urnas redondas de colores ocupaban un mostrador: podías meter dentro las manos y sacar un doble de cera en cualquiera de esos colores. Cuando la cera se secaba, la ponían sobre un soporte con una bombilla y se convertía en lámpara de noche.

—¡Con los colores de los aros olímpicos!

Otra vez se habían olvidado de Rosaria y Antonio.

—Vaya detectives estamos hechas... —dijo Ardilla, sujetando su lámpara-mano de color amarillo.

Oly levantó su lámpara-mano de color rojo.

—¡Todavía podemos encontrarlos!

Corrieron hacia un bloque de escaleras en penumbras, con sonido de cuervos y el timbre de un teléfono —ese tro-